

EL ESTUDIO DE LA CIENCIA POLITICA

Arnaldo Córdova*

México ha sido, desde siempre, un país pródigo en la creación de ideas políticas y sociales y en el desarrollo de teorías y doctrinas políticas. Casi no hay sistema político u organización constitucional que no haya sido antecedido de una amplia y creadora discusión de ideas y proyectos. Desde la Colonia misma, México se ha caracterizado por ser un pueblo con un claro genio político. No sólo se ha tratado de un genio que se revela en la comprensión y la imitación de modelos políticos que en Europa o en Norteamérica se volvieron clásicos, típicos y, por lo mismo, necesarios, sino también de una extraordinaria capacidad para recrear esos modelos y encontrar formas de expresión y de organización originales y muy propias de la idiosincracia, el modo de ser y la naturaleza de nuestro pueblo.

El padre Hidalgo, Morelos, Ignacio López Rayón, Andrés Quintana Roo, fray Servando Teresa de Mier, Carlos María de Bustamente, Lorenzo de Zavala, Lucas Alamán, José María Luis Mora, Tadeo Ortiz, Mariano Otero, Ponciano Arriaga, José María Castillo Velasco, Benito Juárez, Miguel Lerdo de Tejada, Melchor Ocampo, Francisco Zarco, Ignacio Ramírez, Guillermo Prieto, Matías Romero, Justo Sierra, Francisco Bulnes, Emilio

* Profesor e investigador de tiempo completo en la FCPyS de la UNAM. Ex diputado federal por el PSUM.

Rabasa, Toribio Esquivel Obregón, Francisco I. Madero, Andrés Molina Enríquez, Luis Cabrera, Fernando González Roa, Salvador Alvarado, Ricardo Flores Magón, Narciso Bassols, Lázaro Cárdenas, Vicente Lombardo Toledano, Manuel Gómez Morín, José Revueltas, Pablo González Casanova, son sólo algunos de los muchos nombres que, desde distintas posiciones políticas, con diferentes credos y sosteniendo muy diversos proyectos políticos han dado lustre a nuestra tradición política y se han constituido en expresión señera del espíritu y el pensamiento del pueblo mexicano.

En todos nuestros grandes libros sobre la realidad política y social de México, libros que ahora casi no se leen en nuestras cátedras de Ciencias Políticas y Sociales, siempre estuvo presente ese espíritu universal y siempre contemporáneo que nos ha ligado a través de la historia a la civilización mundial y, al mismo tiempo, a la conciencia de lo nuestro, de nuestra historia, de nuestro esfuerzo sobre el tiempo y el espacio, para constituirnos en una verdadera nación y que todavía no termina, de nuestras aspiraciones colectivas, de la idea que nuestro pueblo se viene haciendo de sí mismo y de su futuro, de nuestra cultura y de nuestras necesidades que desde el principio nos dieron un ser común. Nuestra imaginación histórica de ninguna manera ha desmerecido jamás frente a nuestra rica y complicada realidad histórica.

Así ocurre con obras tales como *Historia de la revolución de Nueva España*, del Padre Mier; *Ensayo histórico de las revoluciones de México*, de Lorenzo de Zavala; el *Cuadro histórico de la revolución de independencia*, de Bustamente; *México y sus revoluciones*, de Mora; el *Ensayo sobre el verdadero estado de la cuestión social y política*, de Otero; la *Historia de México*, de Alamán; la *Evolución política del pueblo mexicano*, de Justo Sierra; *Los grandes problemas nacionales*, de Molina Enríquez; *La sucesión presidencial en 1910*, de Madero; *Legislación y jurisprudencia sobre terrenos baldíos*, de Wistano Luis Orozco; *La constitución y la dictadura*, de Rebas; los *Discursos a la nación mexicana*, de Antonio Caso; *La demotracia en México*, de González Casanova.

Nuestra rica, antigua y permanente tradición ideológica, por lo demás, se complementa creadoramente con nuestra tradición jurídica y constitucional que nos viene también desde los tiempos de la Colonia. Nuestras cartas constitucionales, incluidas las

conservadoras, fueron siempre intentos brillantes para conformar el Estado que el país, paso a paso, necesitaba. Antes de ellas, con ellas y a partir de ellas, se fue formando una cultura jurídica adecuada a nuestras circunstancias históricas que contribuyó poderosamente a impulsar y a sustentar nuestra conciencia popular y nacional. Los héroes del pensamiento constitucional mexicano se cuentan por centenares y desde el momento mismo en que nos asomamos a la vida independiente. Morelos, López Rayón, el Padre Mier, Manuel Crecencio Rejón y Mariano Otero (los creadores de nuestro juicio de amparo); Ignacio Vallarta, Jacinto Pallares, José María del Castillo Velasco, Isidro Montiel y Duarte, Eduardo Ruiz, Emilio Rabasa, Manuel Herrera y Lasso, Gabino Fraga, Mario de la Cueva y Felipe Tena Ramírez, son sólo algunos de nuestros grandes jurisconsultos y constitucionalistas que, pese al olvido en el que los ha arrinconado la academia y al mal gobierno, siguen inmutables apuntalando nuestra historia y nuestra tradición cultural.

Los nombres gloriosos de nuestros héroes del pensamiento político, social y económico, en el afán casi siempre estéril de entregarnos a modas extrañas y hueras que nada tienen que ver con nuestra historia ni con nuestro ser nacional, han estado desde hace tiempo a punto de ser olvidados. El día que finalmente desaparezcan de nuestra memoria, ese día que esperemos nunca llegue, habremos perdido con nuestra historia lo que somos como ser nacional.

Hegel decía que la historia de la filosofía, del pensamiento y de la ciencia despliega ante nosotros la sucesión de los nobles espíritus, la galería de los héroes de la razón pensante que, sostenidos por la fuerza de la razón, han sabido penetrar en la esencia de las cosas, de la naturaleza y del espíritu, y han ido acumulando con su esfuerzo, para nosotros, el más grande de los tesoros que es el del conocimiento racional. “A primera vista —decía Hegel—, estas hazañas del pensamiento, en cuanto históricas, parecen pertenecer al pasado y hallarse más allá de nuestra realidad presente. Pero, bien mirada la cosa, se ve que lo que nosotros somos hoy lo somos, al mismo tiempo, como un producto de la historia. O, dicho en términos más exactos, que lo pasado —en lo que se cae dentro de esta región, dentro de la historia del pensamiento es más que uno de los aspectos de la cosa. Por eso —en lo que nosotros somos—, lo común e imperecedero se halla inseparablemente unido a lo que somos históricamente”. Lo que

nosotros somos hoy lo somos como producto de la historia. Eso nunca deberíamos olvidarlo.

Es verdad, ni duda cabe, que la historia la hacen las masas. Siempre la hacen las masas, aun cuando las masas no son el sujeto inmediato de la historia. Los individuos son sólo expresión del curso de la historia. Pero eso es importante para nosotros, que somos, ante todo, intelectuales. Muchos se complacen en reprocharnos el sentir o decir cosas que las masas no sienten ni expresan inmediatamente. “Eso —dicen— es cosa de intelectuales”. Generalmente los que lo dicen son intelectuales amargados que no representan a nadie. La democracia, ha dicho recientemente uno de ellos, “desde Luis Cabrera a Enrique Krauze” ha sido sólo asunto de intelectuales. Debemos reivindicar al intelectual. En él se suman las necesidades expresadas por las masas, por el pueblo, por la nación, aunque no siempre fielmente, con las corrientes del pensamiento y de la cultura universales. Por eso nuestros grandes intelectuales son importantes para nosotros. Siempre serán una lección viva para todos los que estudiamos la sociedad y la política de nuestro país.

Lo que ellos han sido debemos ser nosotros: intelectuales de verdad, es decir, estudiosos serios de lo nuestro, lo nuestro que tiene siempre dos dimensiones: una, la del pensamiento universal que nos da la teoría, la generalidad donde podemos ubicarnos, el universo histórico donde podemos identificarnos, los parecidos y las diferencias que nos permiten definirnos, los datos del entorno que nos dejan decir que somos lo que somos. Otra, la estructura de nuestro ser nacional, nuestra historia, los siglos que llevamos viviendo, las gentes que a través del tiempo nos han dado ser, los hechos que nos diferencian de los demás.

Una etapa reciente, afortunadamente ya superada, del desarrollo de las ciencias sociales y, en particular, de la Ciencia Política, que nos impuso el método empírico, pequeño, minucioso, pero mezquino, de estudio de los hechos del hombre en sociedad, nos impidió por varios lustros, asomarnos a nuestra historia y, al mismo tiempo, a la historia del pensamiento universal. Ha sido una época de crisis del pensamiento político y una época de miseria en la que lo absurdo y lo obvio fueron el resultado puntual de nuestras investigaciones. Ya salimos del limbo, sabiendo en lo que podemos caer. Fuimos víctimas de una forma errónea de enfocar el estudio de los problemas sociales. Ya sabemos lo que es el empirismo y el estudio de las cosas pequeñas.

Tenemos ante nosotros nuestra historia política, social, económica e intelectual. Ella nos remite, por necesidad, a la historia universal, pues en ella estuvo siempre inscrita. Sabemos, entonces, lo que debemos hacer.

Por encima de modas pasajeras (teóricas, ideológicas o metodológicas que ellas se digan), nuestra propia historia intelectual nos marca un camino claro y preciso: estudiar lo nuestro y jamás desentendernos de lo universal, sintentizándolos en construcciones intelectuales rigurosas que logren identificarse con la idiosincracia y con el alma populares, que puedan servir a alguien más que busca simples identidades intelectuales y pueda resumirse en las necesidades de nuestro pueblo. Nada más, pero nada menos que eso.

